

En el espacio nadie puede oír tus villancicos

*(una historia con la tripulación de
la Nosotros llegamos primero)*



Irene Robles

EN EL ESPACIO
NADIE PUEDE OÍR
TUS VILLANCICOS

En el espacio nadie puede oír tus villancicos

Una historia con la tripulación
de la *Nosotros llegamos primero*



Irene Robles

Primera edición: diciembre 2020

©Derechos de edición reservados.

Irene Robles Martínez

www.irenerobles-scifi.com

Relato

Ciencia ficción

Edición: Irene Robles Martínez

Diseño de portada: Elena Martínez García

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

¡Cariños! ¿Sabéis qué día es hoy?

Manoli se ha levantado muy contenta esta mañana. Bueno, ya sabéis a lo que me refiero. Aquí en el espacio no hay mañanas, tardes, ni noches como tal. Al principio, a la tripulación le costó un poco acostumbrarse a esto y tuvimos que regular los ritmos circadianos entre todos, estableciendo rutinas de sueño, adaptando la iluminación en ciertos momentos de la jornada y con la ingesta ingente de infusiones que preparaba Manoli, con intención de relajar el cuerpo y la mente de todo el equipo. Además, la nave espacial tiene relojes en cada esquina. Digitales, analógicos, y para todos los gustos. Hay un reloj de promoción de una marca de refrescos, uno con forma de hamburguesa, que pertenece a Lorenzo, otro con forma de cuenco de comida para perros y hasta un reloj de cuco, el único que no da la hora. María Pilar, su propietaria, le coloca las cadenas y le da un toquecito al péndulo cada vez que pasa por su lado, así que el pajarito sale a cantar en cualquier momento. Esto ha ocasionado que más de uno se lleve un susto, de ahí que muevan las agujas, paren el péndulo o recojan las cadenas hacia la parte superior del reloj, por encima del tejado de madera, para que deje de sonar. Yo, que lo oigo y veo todo, sé quién es el responsable de estas acciones, pero no os voy a decir nada, no soy un chivato.

Para los que todavía no me conocáis, soy Rumbo116, la inteligencia artificial de la nave *Nosotros llegamos primero*. Viajamos en una carrera espacial entre la Tierra y Marte, y tenemos un máximo de ocho meses para completar el recorrido. En esta ocasión competimos con otras doscientas cuatro naves. De ese total, catorce naves ni siquiera llegaron a despegar y según la última actualización del Control de Carrera, treinta y ocho han abandonado desde el inicio por problemas técnicos o de otra índole. Nosotros actualmente llevamos tres meses, dos días y seis horas de viaje y por el momento seguimos adelante sin incidentes. La tripulación está formada por Anabel, la comandante; María Pilar, la piloto; Lorenzo, el ingeniero de carreras; Julián, el inspector de la Federación; José Luis, el ingeniero biomecánico y Manoli, su madre. Pero hoy no estamos aquí para hablar de la carrera.

Todos sabían que la Navidad nos pillaría por el camino, pero nadie le había dado tanta importancia como Manoli. Así que hoy, 24 de diciembre, se ha levantado más pronto que el resto, y aunque suele ser lo habitual, era todavía más temprano de lo normal. Yo estaba en silencio, casi en hibernación nocturna, cuando ha dado los buenos días a todos desde el intercomunicador de la cocina. La nave ya estaba completamente decorada a las 8:00, hora terrestre. Un collar de espumillón rojo brillante enmarca el cuadro de mandos, hay guirnaldas con motivos navideños alrededor de cada compuerta (copos de nieve, galletitas, velas, campanillas), coronas de hojas, piñas y bolas de colores en cada ventana de ojo de buey. Luces de colores adornan el exterior de la nave, por lo que desde fuera debemos parecer una feria. En la cocina, el centro de operaciones de Manoli y lugar de reunión de toda la tripulación, ha colocado el árbol y sobre la mesa ha dejado un gorrito de Papá Noel para cada tripulante. Por si alguien no se había despertado con su llamada, Manoli me pide buscar una recopilación de canciones y villancicos, y en menos de treinta segundos empieza a sonar una lista de reproducción en todos los altavoces.

—¡Ande, ande, ande, la marimorena, ande, ande, ande que es la Nochebuena! —canta Lorenzo mientras sale de su cabina haciendo aspavientos con los brazos.

Julián, tan callado como siempre, saluda con un escueto buenos días. Yo, que lo oigo grabar el informe diario que envía al Control de Carrera, y justo después su mensaje personal a la familia, intuyo por sus palabras que se arrepiente de haberse subido a esta nave. Me da que, al ser un representante de la Federación, pensaba que contaría con más respeto y atención, que intentarían hacerle la pelota para que enviara buenos informes o incluso que pudiera darnos pistas o hablarnos de algún atajo para adelantar a las naves más rápidas. Pero lo cierto es que al equipo poco le importa todo eso, y pronto se dio cuenta Julián de que no parecía ser uno más de la tripulación, sino más bien uno menos.

—Manoli, ¡qué manjar es este! —exclama Lorenzo al llegar a la cocina.

Se pone su gorro rojo y deja el pompón blanco colgando a un lado de su cabeza. Después echa mano del plato de dulces variados que está colocado en el centro de la mesa—. Turrón, mazapán, polvorones, jesto es el cielo!

—No hables con la boca llena —le pide Anabel, que acababa de llegar y le ha saltado a la mejilla un ligero esputo de masa azucarada. Se lo retira con el dorso de la mano.

—Ven aquí, mi niña —dice Manoli, que termina de limpiarle la cara con un trapo.

—Muchas gracias, Manoli. No tenías que haberte molestado.

—¿Cómo que no? Si es Navidad. Además a mi hijo le encanta.

—¡Buenos días a todos! —saluda José Luis entrando en la cocina con los brazos abiertos. Lleva un jersey de lana con franjas de colores y dibujos navideños que hacen un patrón. Coge su gorro, se lo pone y también le coloca el suyo a Anabel—. ¿Dónde está Maripili?

—Aquí estoy —dice al entrar a la cocina sin ninguna emoción—. ¿Podéis bajar esa música? No soporto esos coros de niños gritando.

Anabel se acerca a ella y le pone su gorro cariñosamente. María Pilar se deja hacer, aunque por su cara le habría dado al botón de descompresión para que todos los adornos de la nave salieran disparados al vacío.

—Rumbo, pon algún villancico de Michael Bublé, que sé que a Maripili le gusta más —pide la comandante con una sonrisa. Hago caso y cambio la música a la vez que la cara de la piloto, que muestra una leve sonrisa.

—Por cierto, Manoli —empieza a decir María Pilar mientras coge un trozo de turrón—. ¿De dónde has sacado todo esto? No sabía que habíamos traído adornos y dulces...

—Una cocinera del espacio que se precie siempre tiene a mano ingredientes liofilizados para todo. Los adornos los he encargado con ayuda de Rumbo, y también hay regalos —dice levantando las cejas.

—¿Los has encargado? —quiere saber Lorenzo, que se ha cogido un plato para él solo y lo está llenando con trozos de turrón.

—Rumbo, explícaselo tú, que lo harás mejor.

“Por supuesto. Manoli me pidió ayuda para buscar y encargar algunos regalos de Navidad. A través del dispositivo de su cabina estuvimos trabajando en ello. De hecho, los regalos llegaron mientras dormíais...”

—¿Qué dices, mamá? —grita José Luis acercándose a ella y dándole un abrazo y sonoros besos en las mejillas.

—¡Pues vamos ya mismo a la bodega a por ellos! —dice Lorenzo mientras deja el plato de turrón sobre la mesa.

“No están en la bodega. Manoli ha escondido cada regalo por la nave, para que sea más divertido”.

—Sí, la verdad es que me ayudó el repartidor de Armazón. . .

—¿Querrás decir. . . —empieza a decir Anabel.

“Sí, Armazón, entregas espaciales. Fue muy amable el muchacho, puesto que, a pesar de mis altas capacidades, estoy absolutamente limitado para las tareas físicas”.

—Pues nada, empecemos a buscar —dice Lorenzo visiblemente emocionado.

—¡Claro! ¿Por dónde empezamos? —pregunta José Luis.

Lorenzo ya ha salido corriendo de la cocina, recorre el pasillo y se va directo a la bodega. Yo ya sé que allí no hay ningún regalo escondido, pero no pienso quitarle la ilusión. José Luis empieza a abrir todos los cajones de la cocina ante la atenta mirada de las chicas, que ponen los ojos en blanco ante el increíble efecto que la Navidad provoca en sus compañeros. Julián, como de costumbre, se ha escondido en su cabina sin esperar que nadie vaya detrás de él.

Al cabo de unos minutos, Lorenzo emite un mensaje de auxilio desde la bodega.

—¡Socorro! ¡Ayudadme!

Su voz suena amortiguada, como si algo le estuviera tapando la boca.

—¿Ya está otra vez con sus bromas? —dice María Pilar.

“No parece una broma” intervengo. “Sus pulsaciones se han disparado”.

José Luis, que ha dejado de buscar, se toma en serio la llamada de

auxilio y pide a las chicas que lo acompañen. Manoli se queda en la cocina. Cuando los tres llegan a la bodega (yo estoy aquí en menos de un segundo, estoy en todas partes) descubren a Lorenzo dando vueltas e intentando quitarse algo que se le ha pegado a la cara.

—¡Es un calamar estelar! ¿Qué hace uno aquí dentro? —dice Anabel—. Nunca había visto uno tan de cerca.

—¿Chicos? —pregunta Lorenzo girándose hacia donde escucha la voz de los otros—. ¡Quitádmelo de encima!

—Es muy peligroso, Lorenzo —explica Anabel, intentando calmarle—. Son tremendamente amorosos. Si te lo quitamos se enganchará a cualquiera de nosotros, y si intentamos quitárnoslo, volverá a suceder lo mismo. Los calamares estelares viven en comunidad, siempre pegados unos a otros. Este ha debido de separarse del resto, puede que llegara unido a la nave de reparto de Armazón.

—¡Me cago en la leche! ¿Y qué hacemos? No puedo quedarme con esto pegado a la cara.

El calamar lo ha agarrado con fuerza, aunque no parece estar obstruyendo sus vías respiratorias. Con uno de los tentáculos le rodea el cuello y el otro se lo ha pasado por encima de la cabeza, aplastando el gorro navideño. Los brazos, más cortos, parecen danzar alrededor de la cabeza y acariciarle los hombros. María Pilar ha empezado a reírse ante la escena. Lorenzo da vueltas sin parar, chocando cada dos pasos con la cantidad de material acumulado en la bodega, al ritmo de la música y la voz melosa de Bublé.

—Ya sabéis que no me entusiasman estas fiestas —comenta—, pero tengo que reconocer que esto tiene su gracia.

Finalmente, y posiblemente mareado, Lorenzo se detiene y consigue sentarse sobre una caja metálica.

—Bueno, ¿alguna idea?

—¿Todo bien por ahí abajo? —pregunta entonces Manoli a través del comunicador.

—Sí, mamá. Lorenzo está bien, solo tenemos un pequeño problema.

—¿Qué ha pasado?

José Luis le explica la situación y los detalles sobre el comportamiento de los calamares estelares que ha detallado Anabel.

—Necesitamos algo a lo que el calamar pueda aferrarse para liberar a Lorenzo —explica la comandante—. A ser posible, ninguno de nosotros.

—¿Qué tal Julián? —propone Lorenzo bajo el calamar. Ante el silencio de los demás, que se miran unos a otros, Lorenzo se disculpa—. Solo era una broma.

—Hay una posibilidad. . . —oímos decir a Manoli. Es cierto, ahora que lo comenta, yo también intuyo a qué puede referirse.

—¿Cuál? —pregunta Lorenzo esperanzado.

—El regalo de Maripili.

Todos se giran hacia ella y ella hacia el intercomunicador. Su sonrisa se hace más grande porque, aunque no le guste la Navidad, siempre es bienvenido un regalo sorpresa de alguien que te aprecia. Y Manoli los quiere a todos como si fueran de su misma sangre. Ella explica que el regalo de María Pilar es un oso de peluche gigante. Una de las cosas en las que indagamos juntos, no solo fue en cómo hacer llegar los regalos hasta nuestra ubicación, sino qué podía gustarle a cada uno. Con José Luis lo tenía fácil, porque ella es la que mejor lo conoce, pero con el resto tuvimos que saltarnos algún que otro protocolo de protección de datos para acceder a sus perfiles, test psicotécnicos y demás documentación confidencial según la Federación. No creo que quebrantemos ninguna ley por utilizar la información para comprar un peluche, y menos si eso resulta ser de ayuda para Lorenzo, quien agradecerá tener vía libre para poder seguir cebándose a polvorones. En cualquier caso no vamos a dar parte de esto y Julián tampoco lo hará porque ya me he encargado de bloquear la señal del intercomunicador que llega a su cabina para que no se entere de nada de lo que está pasando.

“Está escondido bajo tu cama, María Pilar”.

Ella, visiblemente más contenta que hace un rato, sale corriendo y sube las escaleras para traer su regalo. Cuando regresa, es la piloto la que abraza al suave peluche, que además lleva una corbata roja alrededor

del cuello.

—Es precioso, Manoli —dice mirando al intercomunicador—. Muchas gracias, también a ti, Rumbo.

—Lástima que no vayas a poder disfrutar mucho de su compañía —recuerda Lorenzo con su voz amortiguada y haciendo aspavientos con los brazos, recordando que sigue atrapado.

—Ya, ya. Es imposible no ver que estás ahí, Lorenzo —dice María Pilar entregándole el peluche a Anabel.

—¿Por qué me lo das a mí?

—Tú eres la comandante y la que más sabe sobre esos bichos, ¿no? También sabrás cómo quitárselo de encima.

Anabel se queda callada y yo le echo una mano.

“Comandante, tengo información detallada sobre cómo separar un calamar estelar de la cabeza de un hombre. Es importante que Lorenzo genere una vibración para que el animal se sienta incómodo y desee separarse. Cuanto más suave y rechoncha es su víctima, más difícil resulta alejarla de ella, por lo que hay que provocar un rechazo hacia el huésped”.

—Por eso no se suelta, amigo —bromea José Luis—. Pero seguro que el peluche le encantará.

—Sí, sí. Venga, yo hago vibraciones y vosotros le ponéis el peluche cerca para que se enganche.

La bodega se queda en silencio, he apagado los villancicos para evitar distracciones y veo cómo María Pilar susurra un “gracias”. Enseguida escuchamos los labios de Lorenzo chocar entre sí, provocando el ruido y la vibración que buscamos. A la vez, Anabel se acerca con el oso de peluche como escudo. Vemos que los tentáculos se empiezan a aflojar y los brazos del calamar se dirigen hacia el peluche, al igual que sus ojos saltones. Lorenzo intensifica la velocidad de la vibración de sus labios y consigue que el molusco se separe completamente y se agarre con fuerza al oso. Lorenzo lleva la cara pringosa, de tinta del calamar y de su propia saliva. Anabel ha soltado al oso, cuya cabeza suave y peluda está ahora totalmente cubierta por los tentáculos y el cuerpo

del animal. Los dos se alejan, colocándose junto a José Luis y María Pilar, quienes no pueden reprimir un gesto de asco al ver la baboseada cara del ingeniero.

—Bueno, problema resuelto —dice Lorenzo chocando las palmas de las manos—. Voy a darme una ducha.

—¿Cómo que resuelto? No podemos dejar al calamar aquí sin más. Es un peligro para la tripulación.

Anabel también se ha separado del calamar y del oso de peluche, que parece más pequeño bajo el abrazo de los tentáculos. Al ser más blando que Lorenzo, lo aprieta y lo exprime con fuerza, y ante la nula resistencia del peluche, uno de sus ojos sale disparado y por el hueco que deja empieza a salir parte de la espuma de relleno. Ante la atenta y pasmosa mirada del equipo y mi ecualizador como un encefalograma plano, el calamar se revuelve, abandona el cuerpo del osito y da un salto que lo lleva a una de las paredes, trepa por ella y con la ayuda de sus brazos y tentáculos abre sin esfuerzo la rejilla de uno de los tubos del techo. Y desaparece por los conductos de ventilación.

—Pues parece que no le ha gustado del todo el peluche —comenta José Luis.

—¡Ahora sí que la hemos cagado! —exclama Anabel—. Rápido, Rumbo, localízalo.

“Enseguida” —respondo.

En mi pantalla muestro un mapa de los conductos de ventilación y de los diferentes niveles de la nave. Represento con un punto blanco al calamar, cuyo movimiento torpe y errático es fácil de detectar por unos canales por lo que normalmente solo viaja el aire.

—Ahí está —dice María Pilar señalando con el dedo.

—Justo encima de la cabina de Julián, estupendo.

—Rumbo, ¿no podemos cerrar el circuito de ventilación? —pregunta José Luis—. Quizá si lo hacemos por sectores podamos conducirlo de nuevo hasta aquí y expulsarlo.

—¿Eso no afectaría a la ventilación de la nave? ¿No habría zonas que podrían quedarse ahogadas?—se preocupa Lorenzo.

“No. Es posible cerrar el circuito de ventilación por sectores, tanto herméticamente, para evitar fugas o contaminación del aire, como de forma parcial, con unas rejillas que evitan el flujo de sólidos y líquidos densos, pero no de gases. Tal y como propone José Luis podemos cerrar por módulos de forma que guiemos al calamar hacia donde queramos”.
—Hazlo, Rumbo —ordena Anabel.

Sin embargo, cuando tomamos la decisión, el calamar ya no está donde lo hemos visto hace un momento. El punto blanco se ha movido y ahora se encuentra sobre la cocina.

—¿Está allí mi madre?

“No” —respondo. Apenas tardo un segundo en comprobar si Manoli sigue en la cocina, pero no está allí—. “Está en el baño”.

—De acuerdo.

—¿Y si lo acorralamos en la cocina? —propone María Pilar—. Hay un buen tramo de conductos hasta nuestra posición. Si no lo atrapamos allí, no sé cómo vamos a hacer que vuelva a la bodega. Sabe que le hemos engañado, no creo que sea tan tonto como para volver.

Un grito interrumpe la propuesta de la piloto y estamos seguros de que Manoli ya ha visto al calamar.

—Ha salido del conducto —explica Anabel, cosa que ya era obvia para todos.

—¡Vamos para arriba! —grita José Luis, que es el primero en salir corriendo, seguido de las chicas. Lorenzo, como si la cosa no fuera con él, les sigue hasta el pasillo principal de la nave, pero se desvía para meterse en la ducha.

Lógicamente yo he aparecido en la pantalla de la cocina antes que nadie y veo que Manoli se las apaña muy bien sola. Ha debido de pegar el grito por la sorpresa, pero cuando el calamar se ha abalanzado sobre ella para darle todo su pegajoso cariño, armada con una sartén le ha dado tal golpetazo que el bicho, semi inconsciente, ha caído de lleno sobre la olla de caldo hirviendo que había sobre la placa de inducción. José Luis, Anabel y María Pilar llegan solo para ver el salpición que ha

puesto perdida toda la encimera. Manoli hace un gesto con el dedo, ellos comprenden que el calamar está ahí dentro, así que su hijo coloca la tapa y sella la olla exprés. Después se gira hacia las mujeres de la tripulación soltando un soplo de alivio.

—¿Ahora sí? —duda.

—No —dice rotundamente Anabel—. Tenemos que sacarlo de la nave. Coge la olla y vamos al puente de carga. Lo siento, Manoli, no podemos arriesgarnos, así que la olla se va con él.

—Ya, hija, lo comprendo. Si no hay más remedio. Me estaba quedando el caldo más sabroso. . .

—Cualquier cosa que nos prepares estará riquísima —la anima.

Tal y como le pide Anabel, José Luis se encarga de expulsar la olla exprés con el calamar estelar al espacio. Para ello baja de nuevo a la bodega y deja la olla en la sala de extracción, que sella bien antes de darle al botón para que se abra la compuerta y salga disparada al espacio junto con un par de bolsas de basura acumuladas.

¡Cariños! La comida está servida.

A los pocos minutos ya está toda la tripulación sentada alrededor de la mesa. Los villancicos vuelven a sonar, las luces exteriores de colores parpadean (por cierto, he recibido una felicitación por la decoración de parte de Rumbo2816, la IA de nuestros amigos los brasileños, que nos ven antes por la iluminación que por el radar), y Lorenzo empieza a comer antes que nadie, como de costumbre.

Sin embargo, después de los tres primeros bocados, deja los cubiertos sobre la mesa y pone una expresión de angustia. Empieza a toser y parece que le dan arcadas. Por inercia ante este tipo de situaciones, José Luis le da unas palmadas en la espalda, creyendo, al igual que los demás, que de comer tan rápido se pueda estar atragantando. Pero Lorenzo se retuerce, se levanta y se lleva las manos al estómago. Por

un momento Julián, que estaba a punto de llevarse el tenedor a la boca, se queda quieto y abre mucho los ojos.

—¿Qué le pasa? —pregunta asustado.

—Se habrá atragantado —dice Manoli—. Este hombre no tiene remedio, si hay comida de sobra, pero él se empeña en comer como si no hubiera un mañana. Si siempre estoy a tiempo de hacerle un huevo frito...

—Ah, ahora lo entiendo todo —empieza a decir María Pilar—. Lorenzo es el ingeniero de carreras, pero de esas de comer perritos calientes...

Mientras tanto, el aludido sigue luchando por respirar mientras el resto reprime la risa ante el comentario de la piloto. Julián es el único que está serio.

—Se está poniendo blanco —dice alterado y se levanta—, no está bien.

—¿No ocurrirá como en esa película, que ahora le estalla el estómago porque lleva un parásito dentro? Un bebé de calamar —pregunta José Luis, más por alterar a Julián más de lo que ya está, que porque haya alguna posibilidad real de que eso suceda.

—¿¡Qué!?! ¡No es posible!

Julián se levanta y se sitúa detrás de Lorenzo. Le coloca las manos bajo el diafragma y le explica que empezará a empujar para sacar lo que se le haya quedado atascado en la garganta. Él no responde. Julián comienza con la maniobra, pero es bastante más delgado que su compañero, así que apenas hace la fuerza necesaria para conseguir el efecto deseado. Entonces, Lorenzo recupera la compostura, se gira y suelta un eructo tan fuerte que retumba en las paredes de la estancia. Julián cierra los ojos y la boca, pero por su expresión lo ha hecho tarde. —Demasiados polvorones —comenta Lorenzo, que se da la vuelta, se sienta de nuevo en su sitio y sigue comiendo.

José Luis empieza a reír, las chicas se tapan la nariz y Manoli regaña a Lorenzo por su falta de educación en la mesa. Julián se disculpa y sale de la cocina para airearse, no sin antes dar un grito por la tensión del momento, y porque el reloj de cuco acaba de sonar.

La autora

Irene Robles. Alicante, 1992. Ha escrito y autoeditado varias obras: *Último tren a la Tierra* (2014), *La noche perpetua* (2015) y *Piel metálica* (2017), novelas de género sci-fi. *Verde, el mal tiene muchas formas* (2018) es su primer relato de terror y fantasía paranormal disponible en digital. También ha publicado *La tierra prometida* (2019), un relato postapocalíptico con ilustraciones.

Fue seleccionada para la antología de relatos de ciencia ficción *Alucinadas III* en 2017 con el cuento *Realidad 10.4.2*, y para la publicación *Visiones2019* de la AEFCT con el relato *La paradoja de Lightmoon*.

Sus historias plantean posibles futuros, realidades alternativas, crean mundos y entornos espaciales con avances técnicos y destacan la interacción de humanos con otras formas de vida, por eso la llaman La chica del espacio. Es miembro de la Asociación Pórtico y de la Asociación Literaria y Cultural Escritores en su Tinta.

Contacto: www.irenerobles-scifi.com